

Querida Claudia:

Ya hace un par de semanas que no sabía nada de tu boca, y hoy ha sonado el teléfono, tan tarde que he adivinado de inmediato que habías muerto. Me cuentan que habías andado, desde que hablamos la última vez, hace dos semanas, casi de mano en mano, dolorida y ausente, por hospitales y otros trances terminales de la vida, esos en que el cuerpo, el que fuera el “mejor amigo del hombre”, —según lo definiera sabiamente Gil de Biedma, aquel poeta español que tanto sabía de cuerpos— ya no se tiene por sí solo y hay que tumbarlo y dejarlo que se extinga como las ascuas de una chimenea, que uno deja incandescentes a la noche y descubre al levantarse trocadas en un polvo aplomado y frío, el mismo que unas horas antes fuera brasa ígnea, polo autoritario de todas las miradas.

Te has helado, Claudia, lejos de tu casa y de los tuyos, en ese “animoso destierro, que es acaso la forma fundamental del destino argentino”, como dijera tu ilustre compatriota, que también yace —casualidades de la vida— lejos de los suyos y de su Encyclopaedia Britannica (la edición sin fotos, claro), en esta ciudad desde la que te hablo. Y me pregunto si tu caso no será paradigmático de ese destino argentino, por tu gracejo, tu inteligencia, la chispa deslumbrante de tu genio, tus tantas cualidades y este tu final impeorable. Durante varios meses te hemos oído deslizarte por la inexorable pendiente de la nada, y el tremendo pataleo de tu lucha, el rasgar de tus uñas contra el piso esmerilado, tu esperanzado desaliento, tu mansa conducción hacia la nada nos han dejado a todos tiritando, acobardados, como reos de un penal en día de ejecución, sin fuerzas para hacer sonar nuestras escudillas contra los barrotes de esta prisión para airear nuestra protesta por una suerte tan injusta. Recuerdo cómo me repetías, ya en las últimas semanas del fundido en negro de tu vida: “No me queda otra, no me queda otra”. Que luchar, adivinaba yo, sabiendo ya hacía meses, por haberlo vivido en carne próxima, que la batalla estaba perdida sin remedio. Por ello, si es verdad que estamos tristes, lo cierto es que es una tristeza en la que hay también algo de alivio, al saber que tu sufrimiento, que era el nuestro, que nos ha acompañado como un alarmante rumor a lo largo de meses, también ha muerto contigo. En el aire queda ahora esa calma triste de después

de las batallas, cuando los supervivientes nos recogemos como sonámbulos y reanudamos nuestros quehaceres cansinos, tratando de no ver lo que es patente: que nada será lo mismo.

Luego me he acordado de cuando me confesaste, tras una de nuestras cenas neoyorkinas, bajo las negras moles de esas famosas torres que también andan rodando por los suelos, que tu única ilusión era seguir unos años más por aquí abajo, “diciendo pavadas”. Más tarde, tirando del cordón de los recuerdos, he revivido el momento en que te vi por primera vez, allá por febrero del 92, con Gelman, en la secretaría del piso 24, entre los papeleos de mi primer contrato. Desde aquella imagen, borrosa y confusa —qué simpático matrimonio argentino, pensé entonces, disparatadamente— ha pasado mucho tiempo, muchas cenas, muchas horas de oficina, incontables comidas intragables en la cafetería, cientos de cafés, en los que tú siempre te ibas con prisa, socarrona, envuelta en tu guasa algo faltona. Y también, cómo no, muchas horas de turno nocturno, cuando nuestra estrambótica tarea parece más que nunca una ficción que Dino Buzzati desechara por inverosímil. He sabido algo, poca cosa, de tu infancia oscura y algo dolida, de la que no hablabas apenas. Con el trato y con los roces, acabé por admirar tu inteligencia despierta y mordaz, tu gusto por el lujo, entendido sobre todo como el mínimo aceptable para jugar a este juego un poco indecoroso de la vida; el despegue de ti misma, esa falta total de solemnidad que caracteriza a los mejores espíritus; tu humor burlón y ácido, siempre cargado de ironía; tu sentido trágico de la vida, tan común en esa parte austral del mundo, en donde el orbe entero parece gravitar sobre la cabeza de las gentes, creándoles una culpa cartográfica y difusa. Te recuerdo, en una de nuestras últimas cenas, en Gino’s, no hace tanto, y no he olvidado cómo el *maître* te saludó al entrar como se saludaría a un neoyorkino de veras, de los que cuentan, no como se acoge a tantos piernas, de los que hemos pasado por la capital del universo en plan comparsa, grises figurantes del gran entremés del mundo. No se me ha olvidado cómo, en el local, repleto de bote en bote, apareció al instante una mesa para ti, central y milagrosa. Aquello me llenó de admiración. Caí en la cuenta de que eras de las que pueden vivir en un puñado de metros cuadrados porque no entienden el domicilio como trinchera contra el mundo, acotado mezquino desde donde tramarse sucedáneos de vida. Tú aspirabas a la Vida con mayúscula. Luego me

han contado que en tu viaje al infinito te codeas con la flor y nata de Madison y Park, que has dejado escrito que, para pasar tu última revista ante ese Hacedor que tanto deshace, te pusieran tu mejor traje, aquel de Armani, que te caía como un guante. He comprendido entonces, por ese sólo gesto, que eras de las que creen en una vida mejor, donde todo tiene una cierta idoneidad, donde las cosas son *comme il faut*, donde la estética es condición indispensable de la ética, y el respeto bien entendido empieza por uno mismo. Un mundo en el que uno se ha ganado el derecho a decir *pavadas* porque ya dejó hace tiempo de desgranar filosofías. Tú deberías estar, *a estas alturas de la soirée*, en tu *palapa* de Isla Mujeres, mirando al Caribe incandescente bajo una sombrilla, a la sombra de un daiquiri, bien querida. Pero el mundo es injusto, Claudia, y la verdad, como decía Sancho, está en el camino, no en la posada. Te ha alcanzado tu destino en el camino, como a todos.

He colgado el teléfono y me he ido, como un autómata, hasta la música. Aquí en Ginebra llueve mansamente y es ya noche cerrada. He rebuscado hasta sacar esa cinta de El Cabrero, nuestro filósofo, pastor y cantaor, que alguna vez te comentara, por haber en ella un soneto de Borges, cantado por bulerías, cosa imposible, tú decías. Te la prometí un par de veces, pero no hubo ocasión de hacértela llegar, como de tantas cosas. Es ese poema que empieza:

*Bruscamente, la tarde se ha aclarado,
Porque ya cae la lluvia minuciosa.
Cae y cayó, la lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado.*

He pensado que si un payo de Huelva, desabrido y blasfemo, es capaz de cantar versos de un hombre como Borges, estratosférico, genial y boreal, no es tan descartable que volvamos a vernos en alguna trastienda de esta cósmica tramoya, con nuestros cuerpos puestos o sin ellos.

Ahora que te llevan, Claudia, hacia ese *cierto patio, en perdidos arrabales, que ya no existe*, de esa capital de un imperio que tampoco existió nunca y en la que yo te he de visitar algún día —*davanti alla fossa undici sessanta*—, ahora que te arrastran hacia tu Recoleta suerte,

quiero acompañarte, aunque sea de palabra, en tu destierro hacia la patria y pensar por un momento que algún día, pasados los años, antes de que me vaya alcanzando la suerte venturosa, la lluvia minuciosa de esta ciudad —tan aciaga para ti— me traerá, limpia y modulada, la deseada voz de Claudia Boschiglia, *que vuelve y que no ha muerto*.